

excusas, sin un gesto amable o de agradecimiento después de todos mis desvelos, de todas las madrugadas de trabajo invertidas aquí, de toda mi juventud entregada al servicio del balance de resultados de esta maldita empresa...

Camino hacia la salida, despacio, con la cabeza alta, cargando con la caja que contiene mis pertenencias: la fotografía de mi hijo, mi ordenador personal, el pequeño tiesto de begonias, mi pluma estilográfica, la agenda, algunas lágrimas y ese hastío que se ha empeñado en acompañarme hasta el final. No me despido de nadie porque a nadie parezco importarle. Abro la puerta de la calle, bajo las escaleras y me giro para contemplar cómo un cielo cárdeno –parece que no tardará en llover- se cierne sobre la fachada azul de acero y cristal. Dejo la caja en el suelo y enciendo un cigarrillo para templar mi ánimo. Adela, olvídale, no tiene ninguna importancia... Es verdad. Después de todo, creo que esta misma tarde encontraré un nuevo empleo. Un empleo excelentemente remunerado. Seguro que a la competencia le interesará conocer los Planes Estratégicos de Investigación y Desarrollo de mi antigua empresa para los próximos cinco años. Unos planes que conseguí grabar en la madrugada de anteayer y que ahora reposan al calor del bolsillo interior de mi abrigo...

José Agustín Blanco Redondo

Segundo Premio en el III Certamen de Relato Corto El Talayón.

Motilla del Palancar (Cuenca), Abril de 2008.

